PAULA

Habla Cecilia Bolocco

La cesantía en Chile

ARTE

Desde el 23 de marzo y hasta finales de mayo la pintora catalana Roser Bru mostrará su última producción en la galería de la CTC. Recuperando imágenes y textos de los grabados de Goya, vuelve a poner su dedo en las mismas heridas sociales que, ya hace un siglo, instigaron la obra más controvertida del artista.

Bru

LAS ENSEÑANZAS DE GOYA

POR CATALINA MENA

Como Goya, Roser Bru no ha podido ser indiferente al disparate y al desastre. Imposible no acusar recibo de la violencia cuando se la ha probado en carne propia. Porque Roser aún no cumplía un año cuando su familia partió a Francia arrancando de la furia del dictador Primo de Rivera, quien se había enconado contra los catalanes. Y luego, apenas iba Roser empinándose en la adolescencia, otra racha feroz le movió el piso para siempre: tres años de durísima guerra civil terminaron con la derrota de los antimonárquicos y su familia –como si estuviera destinada a ocupar el lugar de los vencidos– otra vez fue arrancada de su tierra.

En 1939 los refugiados republicanos llegaron a Francia y desde allí fueron enviados a distintos sitios. Ya es leyenda la gestión de Neruda, quien embarcó a un grupo en el Winnipeg, donde Roser conoció a José Balmes. Los desterrados vararon en Valparaíso justo el día en que en Europa se declaraba la Segunda Guerra Mundial.

Roser armó su proyecto artístico en Chile, estudió con los maestros y, desde el año 57, no paró de pintar y mostrar su obra. Aunque, años más tarde, reanudó su relación con Barcelona, ya nunca más iba a recuperar esa cómoda sensación de tener un lugar seguro. Asumió entonces el exilio como su condición profunda; es más, llegó a entenderla como la única condición posible: "Todos somos exiliados de algo: de un lugar, de un deseo, de una infancia", dice rotunda.

Pero si todos, de algún modo, pertenecemos a la gran raza de los expatriados, no todos andamos por la vida tan conscientes de esa fatalidad. Roser elige para sus pinturas a aquellos personajes que llevan inscrita en la mirada la marca de sus destinos trágicos: Kafka, Gabriela Mistral, Rimbaud, Vallejo y el Che Guevara han pasado por sus cuadros imprimiendo la denuncia.

Goya ingresa como otro de la cofradía, reconocible por la mirada desdeñosa que lanza sobre el espectador en sus autorretratos y, también, por la otra mirada con que escudriña los vicios de la sociedad de su época.

La postura crítica de Goya, la ironía, la rabia y el desencanto quedan registradas con mayor agudeza en sus series gráficas que, en algún momento, fueron censuradas: *Los caprichos*, *Los desastres de la guerra* y *Los disparates*. Goya convierte la técnica del grabado –considerada menor o meramente ilustrativa– en un recurso que le permite expresar sus verdaderas opiniones sobre el mundo que lo rodea. Habla de la tontera, de lo absurdo que le resultan los convencionalismos sociales, de la hipocresía, de la ociosidad de las clases privilegiadas, de la decadencia del clero y la nobleza, de la violencia, de la brutalidad: todos asuntos que está prohibido mirar. En esta obra él incorpora dichos sagaces y sugerentes, mezclando el habla popular con la sofisticación de su inteligencia. Sus textos no sólo son de una efectividad impresionante sino que además tienen un valor literario poco apreciado hasta hoy.

Goya es un liberal en una época en que el liberalismo es un secreto inconfesable. Como si supiera que él mismo sería la víctima del abuso autoritario, no puede evitar que se le escape esa obsesión por la atrocidad: de tanto en tanto, y cada vez que puede permitirse un arrebato personal, pinta escenas terroríficas. Pero sus obligaciones con la corona lo mantienen a raya (por muchos años él fue el retratista de la corte) hasta que la vida lo pone en medio de la catástrofe: la Guerra de la Independencia convierte a España en una bola de fuego y su pensamiento liberal lo sindica como sospechoso. Por esa época será llamado a declarar ante los tribunales de la Inquisición a propósito de su *Maja desnuda* y, finalmente, con la llegada de Fernando VII, deberá refugiarse fuera de su hogar.

Goya y las mujeres, 1997.

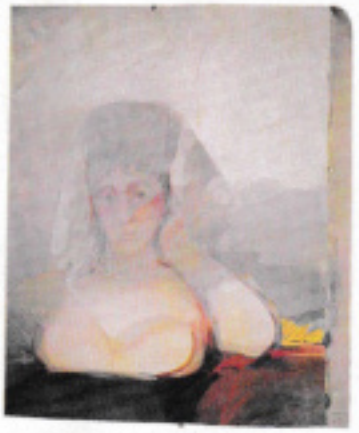
Historias que se cruzan en el tiempo, dibujando paralelismos inquietantes. A Roser le abisma la repetición: "Yo sigo haciendo la misma denuncia que hizo Goya en su tiempo. Y es que no hay caso. La barbarie se repite, la calamidad, la brutalidad…"

Roser toma pedazos de la obra de Goya, trasladando textualmente sus acertadas frases. La cita, así utilizada, enfatiza esta necesidad de repetir: la lección todavía no se aprende.

A estas alturas Roser no puede sino comprobar, aunque sea por puro realismo, que no hay otro animal más necio que el hombre: siempre listo a tropezarse con la misma piedra. Pero si nada puede aprenderse ¿de qué sirven Las enseñanzas de Goya? Quizás sólo para que se sepa que Goya lo dijo antes.

Doña Sabasa desde Goya, díptico.

Dibujos sobre grabados de Goya, 1998.



Leocadia desde Goya, 1998.

No podía durar, 1997.